



El mirador de Santa Engracia, desde donde se divisa la magnífica extensión de los Obarenes. FOTOS: G. G.

Espacio Natural de Montes Obarenes-San Zadornil

Recorrer el tramo Oña-Pancorbo es una fiesta para todos los sentidos

GERRARDO GONZÁLEZ BRIVIESCA
 El otoño es una época donde la naturaleza ofrece instantes únicos y, en el caso de los Montes Obarenes, una panoramía de coleres, olivares y sensaciones táctiles inigualables.

Sus 33.000 hectáreas dan para mucho más de un paseo e incluso para más de un otoño por lo que un buen resumen lo constituye el eje Oña-Pancorbo tanto en su aspecto natural como patrimonial.

Partiendo de la villa Condal por alguna de sus más de 20 sendas, el viajero encuentra cañones y cortados modelados por los ríos, bosques donde se hermanan hayas, encinas, acebos, enebro, boj, madroños, robles, pinos, helechos, brezos y tomillos mostrando una paleta de colores inabarcables.

La transición de flora mediterránea y atlántica en la estación otoñal también llena el aire de una mezcla de aromas que con cada paso cambian estimulando este sentido hasta resultar difícil sus-

traerse del instinto de caminar rastreando las plantas más olorosas. Si se busca una visita más contemplativa o se prefieren las gran-

das para los aficionados a la ornitología. Otro habitante destacado de Obarenes es el caballo losino considerado como un auténtico fósil viviente cuya presencia en estos montes está comprobada desde la Edad del Hierro y que hasta hace pocos años se la consideraba en muy serio peligro de extinción.

En este vergel natural también es sencillo encontrarse con aves y mamíferos como el esquivo zorro al que su natural pelaje le permite camuflarse de forma muy especial en el otoño o las aves que, se mire donde se mire, cruzan el espacio y toman posiciones entre las coloridas copas.

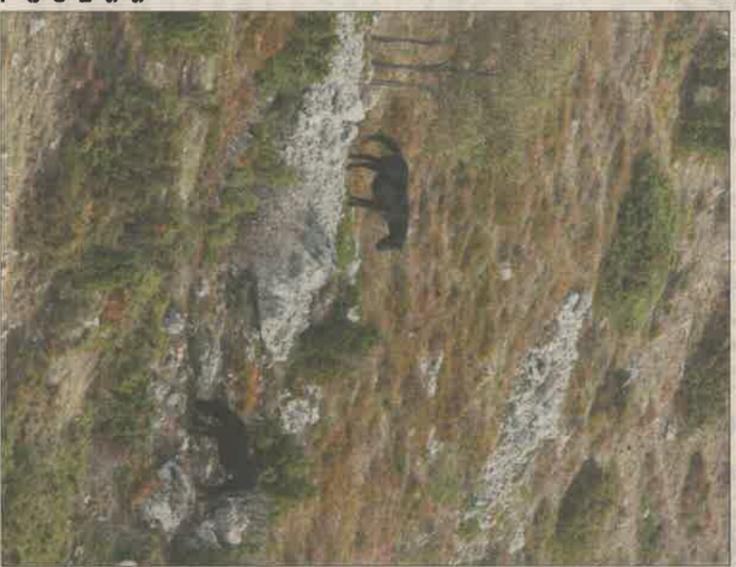
A los monumentos más destacados de las villas oniese y pancorquina se añaden las que permanecen ocultas en su interior que van desde las antiguas chozas de piedra de los pastores hasta centenarias casas tragadas casi totalmente por la vegetación. En ellas hombres y ganado se refugiaban tanto del duro clima como



Miel, morras, chacoli del norte, productos típicos.

des vistas panorámicas el espacio natural cuenta con miradores en sus puntos más elevados al igual de zonas específicamente señaladas

Los caballos losinos siempre han pertenecido a este territorio.



de la presencia de los lobos hasta no hace muchas décadas. Su orografía también llevó a este territorio a no pocos ermitaños y anacoretas de los que quedan como testigos las cuevas en farallones e incluso las tumbas excavadas en la roca donde reposaron sus restos.

Los que desde hace años lo tienen como lugar habitual para capturas fotográficas aseguran que es de los pocos donde, sin desplazamientos largos, se pueden fotografiar espectaculares escenas tanto paisajísticas como de caza de rapaces o avistar ejemplares especialmente esquivos gracias a la tupida vegetación.

El recorrer las antiguas sendas no es incompatible con disfrutar de una gastronomía rica y contundente, especialmente en esta época que se dirige al duro invierno, pero para no romper la comunión natural se impone un almuerzo al aire libre.

Así es imprescindible un robusto queso de Barcina de los Montes acompañado del pan tradicional de la villa Condal y la miel natural de las colmenas del territorio. Maridar este sencillo menú con el chacoli de la zona da la suficiente energía para poder recorrer las milenarias sendas como los que durante siglos poblaban el lugar.